

# *Tel Quel* en América Latina

**María Guadalupe Silva**

Wolff, Jorge, *Telquelismos latinoamericanos. La teoría crítica francesa en el entre-lugar de los trópicos*, Buenos Aires, Editorial Grumo, 2009.

**S**abemos con cuánto interés leyó América Latina a Francia: romanticismo, modernismo, vanguardismo fueron momentos de una especial intensidad en las relaciones con el país europeo, al que siempre se vio como modelo de modernidad cultural. En los años sesenta del siglo xx, en torno al mítico Mayo del 68, Francia volvió a ser, quizás por última vez, ese centro hacia el que debía mirarse, y en ese contexto, la revista *Tel Quel* (1960-1982) tuvo un papel de no poca importancia. Phippe Sollers, su creador, Roland Barthes, Julia Kristeva, Gérard Genette, Umberto Eco, Michel Foucault, Jacques Derrida, Roman Jakobson, Tzvetan Todorov publicaron allí durante los sesenta y los setenta, y la sola enumeración de sus nombres basta para imaginar la relevancia que pudo tener esta revista durante aquellos años de efervescencia intelectual.

Por eso, llama la atención que casi no haya estudios que investiguen la recepción latinoamericana de *Tel Quel*, lo que le da al trabajo de Jorge Wolff un interés muy especial. Su investigación toma el “telquelismo” no como un hecho editorial, sino como una vanguardia, y estudia los ecos de esta vanguardia en las dos zonas de América Latina en las que, según él, sus voces se hicieron oír con mayor contundencia: Brasil y la Argentina, es decir San Pablo, Río de Janeiro y Buenos Aires. Allí trabajaron, durante los sesenta y los setenta, los intelectuales que por entonces creaban la “nueva crítica” latinoamericana: Leyla Perrone-Moisés y Silvano Santiago son los casos que Wolff estudia en Brasil, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, en la Argentina. El libro contiene, además, la

transcripción de una serie de entrevistas realizadas a algunos protagonistas de la época, Héctor Schmucler, Nicolás Rosa, Germán García y Ernesto Laclau –además de Leyla Perrone-Moisés y Silvano Santiago–, lo que permite ver, de primera fuente, qué clase de impacto pudo tener esa vanguardia francesa en estas regiones de América del Sur.

Como decíamos, Wolff no toma *Tel Quel* como un hecho editorial, sino como un acontecimiento cultural, eje de una corriente crítica y teórica que conjugó con espíritu combativo al menos tres líneas de pensamiento filosófico: el estructuralismo, el psicoanálisis y el marxismo. Estudiar los “telquelismos latinoamericanos” significa, por lo tanto, investigar qué lecturas se hicieron de aquella corriente en América Latina y cómo se integraron a los lenguajes, problemáticas y estilos locales. Del lado de *Tel Quel*, observa Wolff, el interés por estas regiones fue mínimo. Mientras que la revista se interesó fuertemente por China y la revolución cultural maoísta, casi no se hace alusión, por ejemplo, a la revolución socialista de Chile, y es ínfimo el número de escritores latinoamericanos publicados: unos pocos textos de Severo Sarduy, Jorge Luis Borges y Roberto Juarroz agotan la lista. La tierra exótica que fascinó al grupo de *Tel Quel* sin dudas fue China, pero esta fascinación se interrumpió abruptamente en 1977 cuando, tras el número-manifiesto “Por qué los EEUU”, Sollers, Kristeva y Pleyner, las cabezas del equipo, expusieron las razones por las que renunciaban al maoísmo para tomar a los Estados Unidos como nuevo modelo. El período que Wolff llama “telqueliano” se cierra justamente allí, en coincidencia con el fin de una época en la que, al menos en la Argentina, todavía podía practicarse con libertad una crítica al mismo tiempo estética y política. La recepción latinoamericana de la corriente telqueliana fue diversa según se diera en San Pablo, Río de Janeiro o Buenos Aires –en cada sitio fue distinto el modo de “aclimatación”–, y también según el crítico del que se tratase, pero en todos los casos Wolff subraya la preocupación por generar soluciones propias, “bárbaras y nuestras”, según reza el manifiesto antropofágico de Oswald de Andrade. Como indica el subtítulo del libro, “La teoría crítica francesa en el entre-lugar de los trópicos”, la perspectiva de este libro sigue una tradición que arraiga en las proposiciones del manifiesto oswaldiano y tiene su eje en el ensayo de Silvano Santiago “El entre-lugar del escritor latinoamericano”, escrito en 1971 –es decir, en plena época “telqueliana”, lo que pone al libro de Wolff en la misma tradición sobre la que estudia–. Se trata de leer el vínculo entre latinoamericanos y europeos no en función de una deuda o una dependencia subordinante, sino de una “diferencia”, es decir, del modo peculiar, crítico y creativo en que se dio la “aclimatación” de los discursos y debates telquelianos en estas regiones del sur. Podríamos, entonces, preguntar: ¿de qué formas, según Wolff, se dio esta apropiación del “telquelismo” entre los intelectuales estudiados en su libro?

El capítulo dedicado a Santiago se centra en la política de la descolonización sintetizada en su noción de “entre-lugar”, que cabe no solamente para la literatura, sino para todas las producciones culturales latinoamericanas, incluida la crítica. Como bien demuestra Wolff, hay un componente autobiográfico en esta propuesta ya que cuando escribe ese ensayo (publicado luego en un libro cuyo título es más que elocuente: “Ensayos sobre dependencia cultural”), Santiago se encontraba dando clases de francés en una universidad norteamericana, o sea que él mismo vivía en forma muy precisa esa condición bifronte que reconoce en la matriz del sujeto latinoamericano, obligado a tomar posición y afirmarse justamente en el cruce de lenguajes, culturas y tradiciones. Wolff coincide –así lo indica la perspectiva de su trabajo– con esta política micro-batalladora: “Es aquí”, resume, “a partir de lo que [Santiago] llama ‘pequeñas metamorfosis, extrañas corrupciones’, donde ‘el elemento híbrido reina’, que para él se puede encontrar la gran contribución de América Latina a la cultura occidental, caracterizada como un desvío de la norma pero ‘activo y destructor’” (50). De manera análoga, la “gran contribución” de la nueva crítica latinoamericana sería su peculiar modo de hibridar perspectivas extranjeras, modernizadoras, con textos y miradas locales. Tal es el caso del propio Santiago, en el que se entrelazan las propuestas antropofágicas brasileñas con el pensamiento de “filósofos de la descolonización” tales como Lévy-Strauss, Lacan, Foucault, Barthes, Derrida o Althusser. He ahí el particular telquelismo cosmopolita de Santiago.

Wolff contrasta su caso con el de la paulista Leyla Perrone-Moisés, cuya relación con la cultura francesa fue, si se quiere, más personal y sistemática. Joven columnista del *Suplemento Literario* del diario *O Estado de São Paulo* en los años cincuenta y sesenta, representante de una burguesía culta fuertemente afrancesada, Perrone-Moisés fue una temprana divulgadora de la vanguardia literaria y teórica francesa. En sucesivos viajes a París y, en parte, gracias a los vínculos de su maestro Haroldo de Campos, conoce a diversos escritores de *Tel Quel* y entabla una relación de amistad con Roland Barthes que durará hasta su muerte. Su producción crítica testimonia estas relaciones: traduce a Barthes, escribe su biografía y publica, además de un artículo en *Tel Quel* (una de las muy pocas firmas latinoamericanas en la revista), dos libros expresamente telquelianos: *Texto, crítica, escritura* (1973-1975) y *Falência da crítica. Um caso limite: Lautréamont* (1973). Sin embargo, la atención de Wolff se concentra en el trabajo previo de Perrone-Moisés en *O Estado de São Paulo*, es decir, en su labor periodística como intérprete brasileña –atenta, lúcida y siempre crítica– de las nuevas corrientes francesas.

Los casos de Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia se tratan principalmente a través de la revista *Los Libros*, publicada en Buenos Aires entre 1969 y 1976. Impulsada por Héctor Schmucler, *Los Libros* comenzó siendo una revista bibliográfica cuyo propósito era difundir las novedades en materia de publicaciones

y tendencias teóricas, pero en una segunda etapa, iniciada a comienzos de la década del setenta, el foco fue deslizándose progresivamente hacia la crítica política, en consonancia con los derroteros de la revista *Tel Quel* y sus oscilaciones entre el vanguardismo estético y la intervención política. Este pasaje de una etapa a otra es lo que interesa a Wolff porque en ese marco entran a jugar su papel Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia, quienes junto con Carlos Altamirano toman las riendas de la publicación en su segunda fase, luego de la partida de Schmucler y Nicolás Rosa (véase la entrevista a ambos incluida en el libro). En el marco de una sociedad intensamente politizada y al calor del todavía reciente Mayo francés, la revista se reconfiguraba entonces para asumir un perfil que Wolff define como “revolucionarizante” y que, en su visión, contrasta con el pluralismo del inicio, en cierto modo limitando el discurso de la revista al imponerle lineamientos ordenadores. En este escenario de creciente politización, las contribuciones de Sarlo son analizadas en función de su voluntad de producir una “nueva crítica” argentina, situada en el balanceo entre una crítica cultural y un vanguardismo teórico de acentos telquelianos. Del elenco parisino, Sarlo compartió con la brasileña Perrone-Moisés un interés particular por Barthes, si bien su lectura de los textos barthesianos fue más selectiva y distanciada. Por su parte, los lazos de Piglia con la teoría francesa fueron menos intensos, si se exceptúa el hecho de que alentó el proyecto –no concretado– de traducir *Tel Quel* para la editorial de Jorge Álvarez, y que compartió con el telquelismo una fascinación por la revolución maoísta. Aunque los intereses de Piglia se dirigen hacia la literatura norteamericana y particularmente hacia la narrativa policial, la cuerda compartida con el vanguardismo teórico francés tiene que ver con esta apuesta por una crítica “revolucionarizante”, que en su caso combinó los trazos del marxismo y el modelo chino con los del movimiento estadounidense de los Black Panthers. Wolff lee la participación de Piglia en *Los Libros* (diez textos publicados entre 1969 y 1975) a la luz de esta voluntad de generar una crítica no solamente nueva sino activa y desalienante, capaz de intervenir como punta de lanza en el terreno de la lucha social.

La investigación de Wolff, como se ve, no pretende rastrear las relaciones directas de estos intelectuales con la revista *Tel Quel*, sino dibujar un posible mapa de la propia vanguardia crítica latinoamericana de los años sesenta y setenta, cuyas voces, eso sí, se muestran permeadas por el así llamado “Pensamiento 68” y las apuestas modernizadoras de la crítica francesa. Dentro de este mapa latinoamericano –o más específicamente sudamericano–, Wolff busca demostrar no sólo la existencia de un “clima de época” común, sino también las diferencias y los debates que dividieron aguas y definieron tendencias, alianzas y respuestas diversas ante el problema del papel que, según se pensaba entonces, debía asumir una crítica revolucionaria. Así por ejemplo, los ataques por izquierda del brasileño Augusto Boal contra el movimiento tropicalista, publicados en *Los Libros*, le permiten a Wolff descubrir una

línea de consonancia entre cierta izquierda brasileña y la orientación ideológica de la revista argentina en su segunda fase, lo que evidencia tanto los matices y controversias internas del campo crítico como las posibles diferencias regionales entre un Brasil más pluralista y “festivo” (el Brasil tropicalista celebrado por Silvano Santiago y deplorado por Boal) y un Buenos Aires que en este período se torna cada vez más proclive a posicionamientos radicales. En su visión retrospectiva de estas discusiones, Wolff deja ver, entre líneas, su propia mirada crítica. Ya en la elección del título, que cita a Santiago, y en capítulos como “Tropicalismos y anti-tropicalismos” o “Anti-dogmatismo y flexibilidad”, esta mirada se inclina favorecedoramente sobre las posiciones que desde los años setenta privilegian un discurso descolonizador que, al mismo tiempo, no peca de unilateralidad ni cede a la tentación de homogeneizar verticalmente los discursos bajo la égida de objetivos militantes. Ante dos tendencias definidas ya en los setenta, una que se radicaliza políticamente y otra que, en cambio, abre el camino a soluciones menos violentas y dicotómicas, la investigación de Wolff deja ver que no siente nostalgia por el frustrado idealismo de entonces ni por las promesas de lo que en la revista *Literal* se denominó “política de la felicidad”. Su lectura del pasado más bien tiende a mostrar la productividad de las salidas menos espectaculares, las que tienen que ver con “la biblioteca, el cuerpo y la calle bajo la forma de las microrrevoluciones cotidianas y plurales, con la reapertura de un campo de batalla reconfigurado, si no más pacífico, más pacificador, poblado de marginales pero ya sin héroes” (70). A la luz de esta perspectiva que tiende puentes hacia el pasado, resulta sugestivo el hecho de que tanto Sarlo como Piglia no hayan autorizado la publicación de sus entrevistas en el libro por “distintas razones” que el libro prefiere no explicar.

Antes de publicarse bajo el título de *Telquelismos latinoamericanos*, esta investigación emprendida en 1997 y abreviada en esta versión final, fue una tesis de doctorado dirigida por Raúl Antelo en la Universidad de Santa Catarina, Brasil. Por su trabajo de archivo, interpretación y acopio testimonial, el texto que resulta de esa investigación tiene el mérito de aclarar una zona fundamental y aún poco transitada de la historia crítica latinoamericana, una zona cuyos ecos pueden todavía escucharse en las aulas, en los libros de crítica, la prensa cultural o el ensayo académico. Como dice Antelo en el breve y cálido prólogo que le dedica, es “una excelente ventana para mirarnos a nosotros mismos, para ver el propio devenir”.